

En nombre del Comité organizador de este Seminario sobre el Diccionario Histórico I: la lengua de la ciencia, y en representación de las universidades Carlos III de Madrid, Universidad de Murcia y Universitat Autònoma de Barcelona, nos corresponde en este momento prácticamente final de la reunión establecer las conclusiones sobre lo aquí expuesto y debatido durante el día de ayer y esta mañana.

*Acudimos para ello al DRAE-2001 y consideramos adecuada la acepción 4ª s.v. **conclusión**, donde leemos: ‘aserto o proposición que se defendía en las antiguas escuelas universitarias’ – interesante por lo que tiene de propuesta-; aunque nos pueda resultar más atractiva la acepción 3ª: ‘resolución que se ha tomado sobre una materia después de haberla ventilado’.*

*Y no tanto por haberla ventilado, ni mucho menos, como por la resolución que entendemos se pueda tomar con relación al tema que nos ha ocupado: la lengua de la ciencia en el Diccionario Histórico. Una resolución muy clara: debemos colaborar. Debemos colaborar porque, aunque en prácticamente todas las ponencias se han expuesto dificultades metodológicas o conceptuales, quizás la palabra más repetida ha sido **necesitamos**. Hemos podido oír, por ejemplo, que*

- necesitamos, en morfología, una cierta uniformidad en tipologías de determinados procedimientos de formación de palabras (aféresis, síncopas, apócopos y sus combinaciones);*
- necesitamos contrastar la morfología derivativa del inglés con la del español;*
- o que resulta necesario elaborar una morfología comparada de ámbito romanístico.*

Hemos visto cómo el aspecto clásico de un término científico-técnico no aseguraba que se tratase de un latinismo científico; que para entender, por ejemplo, el apasionante mundo de la denominación de los mamíferos necesitábamos de esa morfología comparada, junto a la morfología histórica, pero también de los zoólogos y de la historia de la ciencia; y también la necesidad de que esa morfología histórica determine los modelos o patrones (vestigios históricos) que son vigentes hoy día, o que la sintaxis interprete la morfología derivativa.

Hemos oído, por otra parte, que lo que hay en el CORDE no es metódico, que lo asistemático no compensa por su elevado coste y quizás la escasez de resultados. La selección de los textos

clave –no de los libros en mayúscula necesariamente- se convierte en una tarea primordial. Es necesario, además, distinguir entre la formación del término y su difusión.

Recordamos ahora la segunda de las conclusiones del Seminario Perspectiva histórica y lingüística de la ciencia moderna en España (siglos XVIII-XIX), celebrado en esta misma Universidad en febrero de 2004, y que fue redactada como una necesidad de manejar un corpus de especialidad, marcado, pero que incluyera “fuentes que cubran las diversas manifestaciones expresivas: a) tratados científicos y técnicos, manuales, proyectos; b) documentación técnico-administrativa, prospectos; c) leyes, normativas, reglamentos, instrucciones; d) prensa especializada, revistas, semanarios; e) prensa común, medios de comunicación; f) obras lexicográficas, glosarios; g) textos universitarios, material educativo; h) obras literarias”.

El problema de las fuentes, tras su selección, deviene en complejidad para cada una de ellas, ya que intervienen unos actores (autor y público), un contexto (editores-gobierno) y una geografía determinada que obligan a considerarlo como un proceso y así interpretarlo. Incluso en esas intersecciones con el corpus no marcado.

Más necesidades. La desmitificación del lenguaje de la ciencia. Si los científicos reclaman el derecho a la sinonimia, a los filólogos o a los que pensamos en el Diccionario Histórico hay que creer que la sinonimia incluso nos divierte.

Es necesario, por importante, que el diccionario histórico se constituya en un texto explicativo de otras cosas. Y para ello necesitaremos de una abstracción, relacional, onomasiológica. Con el Diccionario Histórico se trazarán, así se ha dicho, un mapa del territorio y de los contenidos que marque tendencias, corrientes, evoluciones. Necesitaremos de la Semántica, y quizás de las ilustraciones. Pero necesitamos más ante la pregunta de qué ciencias o ramas debemos describir. ¿Necesitaremos quizás un mapa de saberes? El tema no pasó de puntillas y debemos pensar en él. La propia historia de la palabra ciencia así lo ha demostrado.

La visión de la ciencia médica en la historia también ha dejado la puerta abierta para ello, además de otras necesidades: la redistinguir a esos ‘falsos amigos’ de las traducciones, la

consideración de los préstamos, o la de diferenciar los criterios de definición y clasificación en cada momento histórico.

Y ante el discurso científico necesitamos de la sintaxis, de la semántica y de la pragmática, en definitiva, si de la lengua de la ciencia estamos hablando. Así, aspectos como el establecimiento de tipos de reformulación resulta, para el Diccionario Histórico, muy importante: sean equivalentes, inferenciales o de distanciamiento.

Necesitamos, por último, del rigor ante este fuego cruzado de necesidades, pues deberemos controlar y evitar, también así se ha dicho, las interpretaciones audaces y temerarias en la reconstrucción del pasado cuando aquellas necesidades estén cubiertas, pues el diccionario es un instrumento importante de educación y de difusión cultural.

Para finalizar citaremos dos frases cazadas al vuelo en este foro durante el día de ayer:

“El Diccionario Histórico puede llegar a reflejar la verdad de la mentira que habita en los propios textos”

Aunque así pueda ser, lo importante, en nuestro caso, es que el Diccionario Histórico no mienta sobre la verdad de la historia de las palabras y de las ideas.

“¿Para qué vamos a hacerlo fácil si podemos hacerlo difícil”

Ante tantas necesidades, ya expuestas aquí, pero conocedores también de la frase tan extendida de que ‘lo barato sale caro’, cabe únicamente pensar en hacerlo bien, con problemas o dificultades. Hacerlo bien, en colaboración y en régimen abierto para que siga mejorando.

*Podemos retomar, finalmente, la 2ª de las acepciones s.v. **conclusión** como ‘fin y terminación de algo’.*

Gracias

Universitat Autònoma de Barcelona, 6 de octubre de 2006